

El teólogo modelo luterano fué Melanchton, cuya senda dogmática siguieron Chytraus, Calistus y Hutter, mientras que los colaboradores y sucesores de Zwinglio, Oekolampad, Buces, Kapito, y Bullinger, se esforzaron y supieron propagar las ideas más liberales de éste reformador. Más tarde sobresalió como hombre de mérito entre las filas de los teólogos protestantes, Arnaldo, que á fines del siglo XVII fundó por medio de su «Historia imparcial de la Iglesia y de la herejía,» publicada en 1699, la historia eclesiástica. En las esferas católicas alcanzaron gran fama los dos jesuitas Kanisius y Busenbaum, como dogmáticos y catequistas,



FELIPE JACOBO SPENER

y controversistas siempre prontos á la polémica. Dentro del protestantismo conserváronse las tradiciones del misticismo alemán de la Edad media, apareciendo apóstoles tan entusiastas como Schwenkfeld y Weigel, y también locos como Kuhlmann, pobre visionario que fué quemado en 1689 en Moscou, porque se dió el nombre de Cristo, el verdadero Hijo de Dios. En aquella esfera mística designada por Lutero sencillamente como «region de las visiones» se inspiró también el trabajo teosófico del sutil pensador y zapatero de Gorlitz, Jacobo Bohme, en cuyo lenguaje sencillo y casi torpe se nota cierto presentimiento del panteísmo moderno, un átomo de la filosofía natural de la Alemania moderna. El título de su obra principal: «La aurora, ó sea la raíz ó la madre de la filosofía, astrología y teología. Descripción de la Naturaleza: cómo todo fué y se hizo: cómo la Naturaleza y *Elementa* se han llegado á crear: de las cualidades del mal y del bien: de dónde toman su origen todas las cosas: sobre el estado de las cosas y sobre su efecto: de cómo se realizará el fin de los tiempos: una descripción del reino de Dios y del infierno, y de cómo los hombres obran en cada uno de ellos. Todo esto compuesto fundamentalmente en inteligencia del espíritu y en la disposición de Dios, con toda diligencia, por Jacobo Bohme, Gorlitz, en el año de Cristo 1612, á la edad de 37 años, el martes de Pentecostés;» este título, decimos, nos da una idea de la manera cómo razonaba este «*philo-*

*sophus teutonicus,*» con cuyo título honorífico se le designaba. Gichtel, partidario entusiasta de Bohme, fundó la secta de los «hermanos angélicos» de Bohme; pero las sectas protestantes sólo pudieron hacer una oposición eficaz á la ortodoxia cuando hombres como Felipe Jacobo Spener, que en Francfort abrió en 1670 sus primeros *collegia pietatis*, introduciendo así las palabras pietismo y pietistas en la lengua alemana, no quisieron sufrir ya la dura é infecunda tiranía del



LEIBNITZ

luteranismo según la letra bíblica. Verdad que el pietismo empujó pronto á sus partidarios á toda clase de excesos, pero en sus principios fué un elemento de progreso en extremo eficaz. El principio de Spener de que la religión incumbía sólo á la conciencia, fué un verdadero progreso sobre las fórmulas abstractas del luteranismo, petrificado en su dogma. Los primeros y verdaderos pietistas se esforzaron por sustituir las desagradables é inútiles disputas sobre dogmas y fórmulas, por un cristianismo tolerante y eficaz; dieron también en este sentido un ejemplo laudable, cuidando con gran celo de las escuelas populares, abandonadas casi ó del todo por la iglesia luterana. Un discípulo favorito de Spener, Augusto Hermann Francke, fundador de la casa de huérfanos de Halle, puso en práctica con gran afición y éxito el sistema de educación pietista. Al mismo tiempo que el pietismo amenguaba la influencia protestante, efectuaba en otro sentido un nuevo esfuerzo; pues el pensamiento filosófico encontró por primera vez en Alemania en la persona de Godofredo Guillermo Leibniz, un hombre capaz de darle desarrollo metódico. Leibniz gozaba en este país en el siglo XVII poco más ó menos la posición que Alejandro de Humboldt doscientos años más tarde. Reunía á una gran sabiduría un criterio independiente; y este le hizo capaz de crear el primer sistema filosófico en nuestra patria, sistema en que la doctrina idealista sobre el universo alcanzó su expresión científica.

Además trazó el camino, por medio de sus obras y excitaciones, hacia los estudios matemáticos y físicos, políticos é históricos. Esforzábese en establecer nuevas relaciones entre el estudio y la vida, animado del deseo de regenerar las ideas en extremo viciadas por la rutina; y, representando á la vez al sabio y al hombre de mundo, intentó y supo trabajar en los círculos más elevados en bien de la ciencia y del progreso. En resumen; le cabe la gloria de haber establecido aquella relacion necesaria de la vida con los estudios, no vacilando en oponerse á la inclinacion de los sabios de su época de escribir en latin, y recomendando el uso de la lengua materna para tratar los problemas científicos: él dió el ejemplo no teniendo á ménos el componer, bien que accidentalmente, versos alemanes. La fecunda y benéfica actividad de Leibnitz encontró en varios conceptos un excelente continuador en Cristiano Thomasius, verdadero padre del racionalismo aleman, espíritu preclaro del siglo XVII, cuyos trabajos valerosamente dirigidos contra la barbarie, tanto teológica como jurídica, producian sus efectos aún en el siglo XVIII. Thomasius se atrevió á colocar en 1687 el primer anuncio de lecciones, escrito en aleman, en la «tabla negra» de la universidad de Leipzig, y el disgusto que este atrevimiento causó á sus señores colegas demostró claramente que fué una verdadera accion político-nacional.

La tendencia de la época de la Reforma, dirigida hacia todo lo efectivo y práctico, desapareció temporalmente, en parte ó del todo, bajo el velo tenebroso del sistema teológico; pero volvió á salir de la oscuridad, demostrando su vigor, sobre todo en dos conceptos. Por un lado, excitaba á nuestros antepasados á orientarse mejor, por medio de un conocimiento, más determinado y amplio, de lo pasado, y por otro lado, despertaba en ellos la necesidad de hacer más familiares los fenómenos de la naturaleza. De aquí resultó una notable actividad en el ramo de la historia y en las ciencias exactas. En cuanto á la primera, es de notar que tambien los historiadores sabios sustituyeron cada vez más la lengua latina por la alemana. Verdad que por lo pronto predominaba aún en las crónicas alemanas el espíritu crédulo y poco crítico de la Edad media; y aún los mejores cronistas del siglo XVI, como Turmair-Aventur, Kantzow y Tschudi, deben vituperarse por su amanerado lenguaje, y aún, el último, por su afición á crear mitos. Sin embargo, despertábase en algunos cronistas de aquel tiempo, bien que tímidamente, un criterio más racional y filosófico de juzgar las cosas; así, por ejemplo, el ya varias veces mencionado suabo Sebastian Frank, el cual se dió á conocer en muy variados ramos de literatura, hizo la primera coleccion de proverbios alemanes, y además una crónica alemana, la primera crónica universal en aleman (*Crónica y Biblia histórica desde los tiempos primitivos hasta el año 1531*). La *Cosmografía* de Sebastian Munster, escrita poco tiempo despues, nos da una idea de los principios de la geografía y etnografía. De mucho mérito es la *Historia de los señores Jorge y Gaspar de Frundsberg* de Reissner, porque retrata en todos sus detalles el militarismo del tiempo de los Lansquenetes, y de un gran valor para la historia de la civilizacion son las Memorias auto-biográficas con que en la época de la Reforma inauguró el ramo de literatura consagrado á las Memorias. Entre estas últimas, existen cuatro muy dignas de mencion: una del Sur de Alemania, la del caballero Godofredo de Berlinchingen; otra del Este, la del caballero Hans de Schweinichen; otra del Oeste, la del baron Gaspar de Fursenberg; y otra del Norte, la del ciudadano Bartolomé Zastrow. Los doce tomos en folio de

los *Anales de Fernando* (de los años 1640 y siguientes), escritos por el conde Francisco Cristóbal de Khenvenhiller, formaron la base de la historia diplomática. Puffendorf, que en su *Introduccion á la historia de los principales Imperios y Estados* (1682), creó un modelo excelente, fué el primero que introdujo un método científico en la investigacion, eleccion y exposicion del material histórico.

Así como la ciencia histórica en sus principios se vió obligada á luchar penosamente con las tradiciones fantásticas de la Edad media, otro tanto sucedia tambien con las ciencias naturales independientes. Sólo muy lentamente la jóven ciencia pudo abrir brecha en la vetusta é imponente fortaleza de la tradicion, la rutina y la pedantería, en la cual la astrología, con sus horóscopos y pronósticos, la alquimia, con su piedra filosofal, con su tintura de oro y elixir vital, con su magia *blanca y negra*, con sus exorcismos, encantos y desencantos, con sus apariciones terroríficas y sus pactos con el demonio, ejercitaban á mansalva sus malas artes, á costa de la ignorancia y la supersticion del vulgo; pero revestidas de aquella terrible seriedad de la conviccion, y de aquella crueldad hija de la ceguera intelectual, de que los procesos de las brujas nos dan horroroso testimonio. Verdad es que en medio de las locuras de aquel carnaval de la supersticion, se levantó alguna voz que negaba estos espantajos; por ejemplo, la del sabio Agrippa de Nettesheim, el cual, despues de haberse ocupado durante muchos años en las ciencias *secretas*, declaró ya á principios del siglo XVI en alta voz, que la supuesta *ciencia oculta* no era otra cosa que polvo y humo. Tales manifestaciones de la sana razon eran punto ménos que inútiles, pues nadie hacia caso de ellas; del mismo modo que en todos tiempos y en todas partes era y es trabajo perdido el oponerse á los desvaríos y vértigos que dominan á las sociedades.

Una cabeza tan bien organizada como la de Paracelsus (Felipe Aureolo, Teofrasto, Paracelso, Bombasto de Hohenheim), cuya actividad reformista como químico y médico se fundaba en el gran pensamiento de la unidad de todo sér, no sabia sin embargo eximirse del todo de esas funestas perturbaciones, hijas de los sueños astrológicos, de la alquimia y de los magos, que le obligaron á rodearse con la aureola de doctor milagrero para alcanzar éxito en su calidad de médico ambulante. Sus inmediatos contemporáneos (Agrícola, Lieber, Wurtz y Gessner) desarrollaron, segun las reglas del arte, los principios de Paracelso respecto á las ciencias naturales y médicas. Gessner, el suizo más instruido quizás de los hasta aquí conocidos, pudo designarse como verdadero fundador de nuestra geología, geognosia y mineralogía, aunque tambien hizo mucho en favor de la botánica y de la zoología. Como matemáticos y astrónomos, los alemanes producian trabajos excelentes; las investigaciones de Copérnico (Koepernik ó tambien Koppernik, nacido en 1473) y de Keplero (nació en 1571) evidenciaron verdades de esas que forman época, difundieron nuevas ideas sobre el universo y dieron á la tierra su lugar en el sistema universal. Despues que Copérnico hubo dado á luz su gran sistema del movimiento de los astros (*De orbium caelestium revolutionibus*, 1543), en que demostraba que el sol era centro de nuestro sistema, Keplero descubrió (1609-17) las tres leyes del movimiento de los planetas que llevan su nombre, dando lugar á que el sistema de Copérnico pudiera completarse y desarrollarse, y facilitando así al inglés Newton su teoría de las leyes de la gravitacion.

La importancia de esta doctrina no hay para qué encarecerla. La Iglesia no la comprendia

bien en un principio, pero despues de haberse formado una idea exacta, se declaró en oposicion con ella, persiguiéndola con todo su poder, especialmente en la persona del gran contemporáneo y colega de Keplero. Podemos explicarnos la oposicion eclesiástica contra el nuevo sistema universal, porque éste anulaba la ficcion teológica de un gobierno arbitrario del mundo por parte de Dios, reemplazándole con el hecho de una disposicion de las fuerzas naturales,



Keplerum.

segun rigurosas leyes. La consecuencia práctica y filosófica de la premisa de Copérnico y Keplero sólo fué descubierta en tiempos posteriores.

De lo expuesto resulta, que nuestro país tuvo una gloriosa parte en el gran movimiento filosófico y científico, que tanto influyó en los trabajos de la civilizacion europea de los siglos XVI y XVII, por medio de pensadores como Bruno, Descartes, Bacon, Espinosa. No debemos perder de vista, sin embargo, que los arriba citados elementos de progreso y los hechos científicos, sólo influyeron inmediatamente muy poco ó nada durante toda la época de la Reforma en la existencia política, religiosa y social de nuestros antepasados. A pesar de cuanto en la esfera de la actividad idealista se intentaba, en la realidad pesaba el yugo de bronce de la ortodoxia; peso que, sin embargo, los hombres de aquellos tiempos, en su ciega fe, no sentían mucho. El yugo lo formaban la teología y la jurisprudencia; y ambos elementos procedían con igual barbarie. En el modo de ser alemán se dejaba sentir aún en el siglo XVII muy escasamente el desarrollo que las teorías del derecho natural, político é internacional de Grotio, Maquiavelo, Espinosa, Hobbes, Sidney y otros extranjeros introdujeron en las ciencias políticas, á pesar de que sabios alemanes de primer orden, como Leibnitz y Puffendorf, trabajaban en este desarrollo. La desgraciada formacion ó más bien deformacion de las

condiciones del imperio era ajena á todos esos teoremas políticos, jurídicos y filosóficos, y quitaba toda esperanza de poder realizarlos, bien sea que tendiesen á la consolidacion de una monarquía absoluta, como en Francia, ó de una constitucional parlamentaria, como en Inglaterra. El optimista más superficial tenia que renunciar á su fe en la posibilidad de que el caos de centenares de grandes y pequeños Estados, caos en que se hallaba sumido el imperio



PARACELSO

alemán despues de la paz de Westfalia, pudiera convertirse un día en verdadero Estado. Y no exageraremos si empleamos el calificativo de *barbara* al hablar de la jurisprudencia de la época de la Reforma; pues esto demuestran las obras sobre el código penal, escritas por una de las más grandes autoridades de aquel tiempo; es decir, por el profesor de la universidad de Leipzig, Benedicto Karpzov, al cual cabe el triste honor de haber sido una de las autoridades en las que se fundaron los horrores cometidos en el siglo XVII contra las llamadas brujas. El objeto principal de los estudios y disertaciones sobre la ley criminal, era la *Carolina*, es decir, el código penal del imperio, compuesto en 1532 por orden y disposicion del emperador Carlos V, cuyo código llevaba el siguiente título: «Código penal del ilustrísimo, poderosísimo é invencibilísimo emperador Carlos V, y del Santo Imperio Romano: formado y decretado en las dietas del imperio, reunidas en los años treinta y treinta y dos en Augsburgo y Ratisbona.» Este código penal (*Peinliche Halsgerichtsordnung*), cuyos artículos deben producir por cierto un efecto terrible en los nervios de los juristas algo sensibles, fué sin embargo para el siglo XVI una innovacion benéfica, porque intentó hacer del caos de leyes penales existentes, una sola ley del imperio, y amalgamó la justicia criminal romana, desgraciadamente introducida en el imperio alemán, con las leyes penales del país. Verdad que esta combinacion no fué de las más